

Reproducción

Serie 2ª, Número 10 — 8 de Noviembre de 1919

Director:

Elías Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

1. *Coeducación y coinstrucción.*—A. DE M.
2. *Biología y democracia.*—EDWIN GRANT CONKLIN
3. *El Dr. Maggiorani.*—ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS
4. *Miscelánea.*—E. J. R.

Administrador:

Manuel Gutiérrez González

La Dolorosa

Imprenta Greñas

REGALO

MEJOR NO ENCUENTRA

Preciosas cajitas de
Papel, Sobres y Tarjetas
de gran lujo.

Precios de fábrica

Librería TORMO

Av. Central, frente al Banco Mercantil

Coeducación y coinstrucción

El señor Director de esta revista me hace el honor de reproducir en sus notas unas observaciones sueltas que ocasionalmente le hice sobre el tema que sirve de epígrafe a estos renglones.

Ya que le merecieron tanto mis modestas ideas, también se me permitirá definir algo más claramente mi opinión sobre tan interesante problema, opinión que no está enteramente de acuerdo con la que expresa en su comentario el señor Jiménez.

El distingue terminantemente entre "instrucción" y "educación", y, por lo mismo, entre co-educación y co-instrucción. Yo creo que instrucción enteramente sin educación es prácticamente imposible, cuando se trata de niños y niñas menores de unos 16 años, digamos. Es claro que no hablo de "educación" en el sentido de la que da a sus hijos la madre simplemente. Creo que los profesionales y las personas de conocimientos suficientes para opinar en este asunto, me comprenderán si distingo entre "profesor" y "maestro". El profesor, en el verdade-

ro sentido de la palabra, es llamado a leer en la Universidad o en Institutos análogos, ante jóvenes que pasaron el límite de la niñez. El maestro debe preparar a estos jóvenes. Y debe prepararlos, no solamente vaciando en el intelecto de ellos los conocimientos reglamentarios, como mediante el célebre “embudo de Nuremberg”, sino que debe a la vez prepararlos moralmente, darles la necesaria madurez moral y de espíritu que les capacite para el estudio facultativo, si es que piensan seguir estudiando, o para la lucha diaria de la vida, si de las aulas de la escuela salen para aprender un oficio, o trabajar en cualquier otra ocupación civil.

Yo tengo para mí, que aun el profesor de Universidad e igualmente el maestro artesano que toma a su cargo a aprendices, necesitan también—para que tengan todo el provecho apetecido de sus enseñanzas los jóvenes que instruyen—una buena dosis de aptitudes pedagógicas. Pero dejemos de pensar en lo de más allá de la escuela propiamente. En ésta—lo sostengo y nadie me convencerá de lo contrario—son la aptitud pedagógica del maestro y su influencia educadora la medida del éxito de su enseñanza.

Si, pues, la instrucción—al menos en la escuela de cualquier categoría para niños menores de unos 16 años—está íntimamente ligada a la educación, es insostenible la co-instrucción si no aceptamos la co-educación.

En cuanto se refiere a ésta, la co-educación, yo no creo que ella intensifique la diferenciación sexual. Al contrario: el otro sexo pierde su encanto y deja de excitar la fantasía, cuando se está con él en diario contacto, cuando se le llega a conocer como cosa de ningún modo extraordinaria, cuando las poéticas fantasías con que se rodea a la otra mitad del género humano se desvanecen ante las prosaicas vulgaridades que son patrimonio de todos nosotros y de todas las mujeres, y que pronto se descubren en la comunicación diaria.

Si esto no se quiere admitir, si se sostiene que tal comunicación diaria sí ofrece un estímulo para los instintos sexuales, es claro que ni co-educación ni co-instrucción pueden tolerarse. Si acaso se quisiera aceptar la segunda, tanto más sería necesaria la influencia educadora del maestro, para evitar—hasta donde esto fuera posible—los males que por la tal co-instrucción se pudieran causar. Y es-

tamos otra vez con la educación. Pues no creo que para prevenir excesos en este terreno, fuera suficiente una conferencia del profesor sobre las malas consecuencias en lo moral, en lo social y en materia de salud, eventualmente, que puede tener una tontería cometida por dos discípulos de diferente sexo. Yo no creo mucho en la immaculada blancura de la conciencia sexual de la mayoría de las muchachas que están próximas a la pubertad; raras son, en mi concepto, las que sobre el problema sexual conservan entera ignorancia. Para que no hagan tonterías, pues, no se necesita tanto la instrucción, que se dirige a la inteligencia, como la educación que se dirige a la conciencia y al carácter.

Si un libro de texto es aceptable para toda escuela que se ocupe de niños normales, sean hembras o sean varones, depende del asunto de que trata. La aritmética elemental es, por ejemplo, uno de los que pueden ser enseñados de manera esencialmente idéntica a unos u otras.

Pero las mismas asignaturas requieren diferentes métodos de enseñanza según que se trate de niños o de niñas, cuando se pase del límite de la propiamente elemental. Y el hecho de que tanto se haya

discutido y siempre se esté discutiendo sobre "métodos" y "sistemas" de enseñanza, prueba hasta la evidencia que *no* basta el simple "instruir", es decir la comunicación al niño en forma desnuda, del tanto de saber absoluto que prescriben los programas oficiales de enseñanza para cada escuela y cada grado de que se trate, sino que es de importancia esencial el modo de hacer tal comunicación, para que el niño no simplemente oiga, sino que aprenda y digiera lo que se le presente. Desde este punto de vista me parece inaceptable la comparación de la instrucción con el simple vaciar de un líquido en un vaso. Nada hace la cabeza infantil con un determinado tanto de nociones absolutas, si no sabe asimilarlas y formar de ellas la base de su pensar progresivo. Y por lo mismo es infinitamente más útil un maestro que posee apenas los conocimientos necesarios y tiene el don pedagógico de transmitir esos conocimientos limitados, a los niños que se le confían, que el más erudito y más filosófico sabio, que de su inmenso caudal de saber no sepa comunicar a los niños la pequeña parte que de él necesitan. Y qué dificultad mayor puede haber en beber de una botella, que de un barril?

La de que más fácilmente se acerca a la boca la botella, que un barril, y así más fácil es para un maestro modesto saciar la sed de saber del niño, que para un sabio profesor.

Este acercamiento personal entre maestro y niño sale de los límites de la "instrucción", en el sentido estricto de la palabra, y trasciende al terreno de la "educación". Es necesario para ello, saber llamar la atención del niño, despertar su cariño para el que le enseña y su interés para la materia. Esta labor se dirige ante todo al corazón (esto en el sentido familiar de la palabra) para así predisponer al intelecto. La escuela tiene que subsanar muchísimos defectos de la educación que recibe el niño en la casa paterna—si es que hay tal educación, si hay casa siquiera, si en ella hay padre o madre consciente de sus deberes. La escuela debe desarrollar los hábitos de orden, material y espiritual, de atención y de obediencia—so pena de ver fracasar por completo su esfuerzo instructor. Y si esto no es labor de educación, no sé qué se pueda llamar así.

Y, una vez demostrada la imposibilidad de "instrucción" sin un buen contingente de "educación", es insostenible la

“co-instrucción”, si no se acepta la “co-educación”.

Ahora, toda labor educadora, sea en la familia, sea en la escuela, es infructuosa, si no se dirige a cada niño individualmente. Si entre niños de un mismo sexo hay diferencias sustanciales en su disposición natural, tanto más las debe haber entre niños de sexos distintos, si—como solamente el snobismo morboso de esta vuelta de siglos puede dudarlo—hombre y mujer son dos seres bien diferentes, fisiológica, moral e intelectualmente.

El empeño de los feministas de ambos sexos en negar la trascendencia de las distinciones sexuales a los terrenos moral e intelectual, el enfermizo esfuerzo de pretender la igualdad en todo sentido, equivale, en verdad, al reconocimiento de la inferioridad del sexo: es desconocer que su aparente inferioridad en ciertos detalles es al menos compensada con la superioridad en muchos otros. Y mientras el hombre (genéricamente hablando, no el macho) sea ante todo de constitución animal; mientras su existencia misma, como especie, dependa de la procreación sobre la base sexual, tenemos que aceptar los incóvenientes inherentes a la bisexualidad. Esta bise-

xualidad ¿significa la inferioridad de uno de los sexos? Pueril preocupación de espíritus de horizontes estrechos es tal afirmación. Y, el empeño en destruir la división de los terrenos en que uno y otro sexo han de llenar su misión, ¿es en verdad labor emancipadora de una mitad hasta ahora esclavizada, de la humanidad? No puedo pretender el espacio necesario en esta revista para demostrar la soberana ridiculez de semejante idea. La mujer hasta ahora fué la reina del género humano. ¿Quiere ella descender de su trono? Esto sería necesario para que igual entre iguales tome su puesto entre los hombres.

¿Pretende iguales derechos a los del hombre también en los terrenos hasta ahora reservados para él? Deberá renunciar en el acto a los derechos con que ha sido privilegiada sobre él hasta ahora. En libre lucha tendrá que competir con el hombre en todo terreno, sin más pretender los fueros del sexo débil. Si con el codo hasta ahora se abría campo el hombre entre los hombres y todos ellos se lo daban a la débil mujer, de ahora más con los puños y con el codo el hombre rechazará también a la mujer que se le atraviere; y en tal lucha ella sucum-

birá, para la cual le falta la fuerza natural, del cuerpo y del espíritu, fuerza que no la repone ninguna enseñanza, cultura física, igualdad política, co-educación ni co-instrucción.

¿Que la debilidad es producto de los errores sociales? Pues sería producto de esos mismos errores la fuerza que capacita a la mujer para sostener las molestias y los dolores de la procreación, fuerza nerviosa no alcanzada por el hombre. La naturaleza no es pródiga. Donde da en exceso por un lado, por otro lado pide la compensación. Si en un futuro desarrollo llenara a la mujer sus actuales deficiencias, inexorablemente le quitaría sus ventajas presentes, y con esto se sellaría la sentencia de muerte del género humano.

Y esto se ve en las mujeres que ya hoy día parecen iguales en fuerzas físicas o espirituales al hombre. Puede que haya excepciones, que no por ello hayan perdido sus caracteres específicos de hembra, pero la excepción confirma la regla, y por regla casi sin excepción, esas mujeres especiales carecen de potencia procreadora, o al menos son tan repugnantes para el otro sexo, que necesariamente tienen que dejar de cumplir su

principal y más hermosa misión en la vida.

Sin quererlo, me he apartado en algo del tema de que partí. Volviendo a él, resumo: instrucción sin educación en la edad pre-pubertal es prácticamente imposible, y en la juventud algo más madura, poco prometedor, y por lo mismo es equivalente la co-instrucción a la co-educación. Y como la educación no puede generalizarse, no lo puede tampoco la instrucción sin serio peligro para su buen éxito. Y por lo mismo, no solamente la co-instrucción sino aun la enseñanza en clases numerosas de la escuela pública tiene que dar resultados que quedan por debajo de lo deseado idealmente.

Y con esto llego a ocuparme del caso concreto de las escuelas en Costa Rica. Que ellas den un resultado por regla general desalentador, nadie capaz de observar lo puede dudar. Se trata de remediar este mal innegable, por un constante cambiar de sistemas generales, sin que hasta ahora haya sido posible dar con uno que satisfaga. Es que el frío no está en la cobija.

Mientras al maestro no se le facilite su labor educadora, mientras fuera de la aptitud técnica de instructor no se le

exija la calificación moral de educador, mientras el número de niños en cada grado no se reduzca a lo racional, mientras para obtener mejor personal no se conceda al maestro mejor remuneración, y a los que hay buenos—son muchos ellos—de este modo no se les anime en su ingrata tarea, todo lo que se escriba sobre el asunto será aporrear paja vacía.

Y mientras al maestro no se le devuelva cierta delegación de potestad paternal, su labor educadora será infructuosa también. Para que los padres de familia consientan en esta delegación, deben conocer al maestro íntimamente y debe éste hacerse acreedor a la confianza de ellos. Esto no se obtendrá mientras los maestros un año estén en Turrialba, para ser trasladados el año siguiente a Tabarcia.

El maestro debe ser, en la escuela rural, el hombre de confianza de todo el barrio. Debe identificarse completamente con la comunidad aldeana en que vive y ser con el tiempo el director intelectual y moral del vecindario. La influencia del Cura no se rompe con "instrucción". Ella se refuerza, cuando es buena, ella se contrarresta, cuando es mala, por la influencia de un maestro bueno, conocido,

y querido, capaz de *educar*, de dirigir *moralmente*. Y ella se burla de todos los maestros habidos y por haber, cuando estos son creaturas desgraciadas de la política, que jamás logran arraigarse en un lugar, y tienen sueldos que los dejan morir de hambre, de manera que constantemente buscan cómo abandonar la más ingrata de las profesiones.

Mientras la enseñanza pública en Costa Rica adolezca de males fundamentales tan graves, como los indicados, ella está condenada a la esterilidad. Una vez que se hayan remediado siquiera las más groseras deficiencias de su organización, será más oportuno discutir seriamente los problemas superiores, como el que ocasionó estas ligeras consideraciones: "Co-instrucción" y "Co-educación".

A. DE M.

Había creído yo que las condiciones del desarrollo de nuestra nacionalidad, tan combatida por elementos internos y externos, pedían una organización política más sencilla y mayor amplitud en los poderes del ejecutivo. Este punto de vista era teórico, como de quien no había visto bien de cerca el funcionamiento de nuestras instituciones. Después de la triste experiencia de estos últimos diez años, no me es posible abrigar ilusiones a ese respecto.

Toda extensión de facultades en el jefe de gobierno nos precipita contra el terrible escollo del cesarismo. Precisamente porque toda nuestra dolorosa historia anterior se había vaciado en ese molde, nada resulta más fácil al pueblo cubano que dejarse arrastrar por esa corriente, la cual lleva mansamente al abismo.

ENRIQUE JOSE VARONA

Biología y democracia

Nuestra falta de preparación especial se refleja en el desdén mostrado a los especialistas y expertos de toda clase. Existe la creencia muy difundida de que la opinión de un hombre vale tanto como la de otro y que la instrucción especial es sólo una forma de burlarse de la gente. Confiamos la educación a personas que no pueden encontrar otra ocupación, sin duda con la idea de que cualquiera tiene capacidad para enseñar. Dejamos el manejo de los víveres, combustibles, ropas y otras cosas indispensables para la vida, en manos de entendidos y hombres de edad madura; y la salud, la dicha y el trabajo del pueblo los confiamos a la Providencia o a egoístas explotadores. En una democracia donde "cada ciudadano es un rey" presumimos que la ciencia de Estado es innata; casi todos los ciudadanos se creen capaces de solucionar problemas complejos de gobierno, que abarcan toda la línea desde las relaciones internacionales hasta los asuntos de la parroquia, mejor que los que han dedicado largos años a su estu-

dio. Elegimos con tal frecuencia demagogos y mercenarios para los empleos políticos, que la simple denominación "político" ha llegado a ser una censura. Enviamos al congreso partidarios de ideas estrechas, y muchas veces, por estúpida lealtad al partido, colocamos en los más importantes puestos públicos a hombres rutinarios que no tienen la menor noción de los asuntos de Estado. Se presume generalmente que los puestos por nombramiento han de adjudicarse a los individuos favorecidos con gran número de votos, de suerte que se confiere a menudo a los cabecillas políticos, cargos que requieren vastos conocimientos técnicos, bajo el supuesto de que los subordinados desempeñarán la labor.

¿Significa por ventura la democracia que todo ciudadano haya de saber gobernar el país, sostener una guerra, concluir la paz, desarrollar las industrias, conservar la salud pública o atender a mil diferentes asuntos como demanda un Estado moderno? ¿Es necesariamente la falta de preparación uno de los males de la democracia? No por cierto. La democracia ideal no quiere decir menor preparación sino cooperación más completa que en las demás formas de gobier-

no. Necesitamos especialistas en ciencias, medicina, educación, comercio, agricultura y muchos otros ramos. La guerra nos ha sido muy provechosa en cuanto a la comprensión de este hecho, y sería un crimen contra la civilización y el progreso si permitiéramos que la nación retroceda de nuevo a las condiciones que prevalecían antes de la guerra.

*
* *

La libertad democrática no es la libertad de aislamiento ni de anarquía; la libertad por la cual combaten y mueren los pueblos de la tierra no es la libertad de un Róbinson Crúsoe, "monarca de todo lo que contempla," ni la libertad sin freno del bolshevismo y la revolución; no es la libertad de saquear, oprimir y dominar a los otros, sino la libertad del compañerismo, de la reciprocidad de servicios y de la mutua estima; no franquicia de la razonada sujeción social sino franquicia de la tiranía egoísta de individuos y clases. Los seres humanos normales no aspiran a libertad semejante a la de las células cancerosas, por ejemplo, que se amotinan sin consideración al bienestar del organismo, sino libertad como la que gozan las células

normales del cuerpo, cada una de las cuales es una unidad que, preservando su propia individualidad y hasta cierto punto su propia independencia, tiene la libertad de ejecutar la labor para que se encuentra idónea, bajo la dirección del cuerpo como colectividad. Los hombres no desean libertad como la de la abispa solitaria, que vive y trabaja aisladamente, sino libertad semejante a la de las hormigas o abejas en una colonia, donde cada individuo es libre de servir como mejor le sea dado, bajo el gobierno de la colonia como entidad, o como lo califica Maeterlinck, "el espíritu de la colmena". Es un error atribuir a las colonias de hormigas o abejas ideales monárquicos y de clase interpretados según el concepto de las sociedades humanas. Los que llamamos "reyes", "reinas", "soldados" y "obreros" no representan en modo alguno los monarcas ni los vasallos ni las clases favorecidas. Cada cual ejecuta "lo que a su parecer es bueno," es decir, el trabajo para el que se siente mejor preparado por la naturaleza, y no hay otro guía que el instinto; cada cual comparte la prosperidad y las penalidades comunes y es considerado de acuerdo con su capacidad para servir

al bienestar general. La democracia no puede brindar ni los seres humanos normales pueden desear mayor libertad individual que ésta, basada sin embargo, en la razón y la moral más que en los encadenamientos e instintos.

*
* *

La tendencia a la sensación y la emoción, y la falta de raciocinio son los mayores peligros que amenazan a la democracia y aun a la civilización, porque implican el retroceso a la barbarie, el salvajismo y las condiciones prehistóricas. Nuestros enemigos más peligrosos se encuentran dentro de nosotros mismos y son las huestes de la sinrazón.

*
* *

¿Cómo podremos armonizar las enseñanzas de la biología con las de la democracia, las desigualdades comprobadas de herencia con la supuesta igualdad de los hombres? ¿Hemos de corregir nuestras ideas sobre la herencia o sobre la democracia? Muchas veces me han preguntado: "Si cree usted en la herencia ¿cómo puede usted creer en la democracia? Si cree usted en la igualdad ¿cómo puede usted creer en la herencia?"

La aristocracia se funda en una idea anticuada de herencia, "la ley de vinculación". Confunde la herencia social con la herencia biológica. Un hijo puede heredar las propiedades de su padre y de ninguna manera su personalidad; según la ley de primogenitura el hijo mayor hereda el dominio, títulos y privilegios de su padre en totalidad, pero no su inteligencia, carácter o personalidad. En la herencia natural o biológica las causas germinales de los rasgos de los padres se separan y distribuyen de tal suerte en sus descendientes que éstos llegan a ser un "mosaico" de las características de sus antecesores. Estas causas germinales de los rasgos distintivos, llamadas genos, se transmiten inalterables; pero en la fertilización del óvulo la mitad de genos de cada uno de los padres se pierde, siendo reemplazada por la mitad del otro progenitor. Tan numerosos son estos genos que sus combinaciones en la descendencia son rara vez o nunca iguales en dos individuos, y tan compleja es su influencia recíproca y sobre el proceso del desarrollo que jamás dos ejemplares producidos sexualmente son enteramente semejantes. Por consiguiente, pueden poseer los padres cualidades superiores

que no se presenten en su descendencia: el ingenio de un antecesor puede ser reemplazado por incompetencia, imbecilidad o insania en alguno de sus descendientes. Debiendo cada generación iniciar una nueva vida de las células germinales, se produce en cada persona una nueva distribución de los factores hereditarios o genos. Cada individuo tiene una nueva parte de herencia, aun cuando no siempre sea exactamente igual en proporción.

A causa de que algunos rasgos característicos, o, mejor dicho, los genos que los producen, son continuos y otros alternativos, parte de los últimos puede transmitirse en estado latente durante varias generaciones, llegando a aparecer tan sólo en algún descendiente posterior en quien no se hubieren presentado los factores genésicos dominantes. La debilidad general, por ejemplo, es de carácter alternativo, y East ha calculado que aparece en forma alternativa en la descendencia de una persona entre catorce, en la población total del país; pero no se presenta en realidad a menos que dos de aquellos genos alternativos que causan deficiencia mental se encuentren juntos en un óvulo fecundado. Por otra parte, la

debilidad mental y otros caracteres alternativos quedan latentes cuando se acoplan con caracteres continuos y predominantes. La reciente historia de la famosa, o más bien infame, "familia de Jukes" demuestra que muchos de sus descendientes llegaron a ser ciudadanos útiles y normales porque sus padres se mezclaron por el matrimonio con familias normales.

Esta es la gran ley de herencia descubierta por Méndel y difiere fundamentalmente de la ley de vinculación. La propiedad puede vincularse, pero no así la personalidad; pueden vincularse los títulos y privilegios, pero no el carácter ni la habilidad. Con la idea de la ley de vinculación no es extraño que los partidarios estrictos de la herencia hayan discutido el parentesco aceptado de Jesús, Shakespeare o Lincoln, o que los adeptos de la democracia hayan protestado de esta clase de herencia; pero la ley de vinculación es creada por el hombre, en tanto que la ley mendeliana es la ley natural de herencia. Aparentemente la naturaleza se complace en humillar al altivo y al poderoso y en exaltar a los de clase inferior. Recordemos los grandes hombres de linaje obscuro y los gran-

des hombres de noble linaje; recordemos la relación estrecha de todas las personas de la misma raza; la amplia distribución de rasgos característicos buenos y malos en el total de la población; la incompetencia y aun deficiencia mental entre las familias nobles y el genio y la elevación de miras en familias obscuras, y decidamos entonces si la herencia natural apoya las pretensiones de la aristocracia o de la democracia.

Si observamos que la mayor parte de los personajes notables de la humanidad procedían de humilde descendencia; que muchos de los grandes genios brotaron del origen más bajo; que la madre de Béethoven, por ejemplo, era tísica, hija de una cocinera y de un ebrio consuetudinario; que el padre de Schúbert era un labriego y su madre una criada; que Fáraday, quizá el descubridor científico más notable de todas las edades, nació en un establo, siendo su padre un herrero indigente y corrompido y su madre una ignorante jornalera, y que la única educación que recibió en sus primeros años la adquirió vendiendo periódicos en las calles de Londres y luego como aprendiz de encuadernador; que el gran Pasteur era hijo de un curtidor; que a los padres de Lincoln se les ca-

ificaba de "pobres diablos" y que el medio en que vivía y su primera educación prometían muy poco; y así sucesivamente, con la larga lista de nombres que hacen la gloria de la democracia; si recordamos los grandes hombres de humilde linaje, podemos preguntar con justicia si la aristocracia se halla en el caso de ostentar hoja de servicios semejante. La ley de vinculación es aristocrática, pero la ley de Méndel es democrática.

Puede objetarse que acabo por negar que exista la herencia en forma alguna, por lo menos en cuanto se relaciona con las cualidades intelectuales y sociales; pero no es este el caso. Si bien es cierto que las dotes hereditarias buenas y malas están ampliamente repartidas entre los hombres de toda clase y condición, no están distribuídas por igual. Al contrario, las probabilidades de buenas o malas cualidades en la descendencia son mayores en ciertas familias, pero ninguna tiene el monopolio de las ventajas o desventajas; y ningún sistema social puede menos que reconocer el hecho de que entre familias obscuras aparecen personalidades elevadas y que en ocasiones se exaltan nulidades a grandes puestos sólo por pertenecer

a familias distinguidas. En una palabra, los honores y prerrogativas deberían otorgarse de acuerdo con el mérito individual y de ninguna manera por el nombre y posición de la familia. Esto representa la doctrina ortodoxa democrática, pero no la fe o práctica de la aristocracia.

Por último, la igualdad democrática no significa ni jamás ha significado que todos los hombres sean iguales en personalidad. No implica la negación de las desigualdades individuales, sino que representa la única apreciación genuina del valor personal. De otro lado, la distinción radical de familias y clases es la negación de la disparidad individual. La igualdad democrática no quiere decir igualdad de herencia, medio ambiente, educación, posesiones, ni siquiera de facilidades, porque esto depende de la habilidad de aprovechar las oportunidades; y menos aún quiere decir igualdad de inteligencia, utilidad o influencia.

Significa igualdad ante la ley, la justicia para todos, la supresión de prerrogativas especiales debidas al nacimiento, la libertad de que cada cual pueda encontrar su sitio y su campo de acción en la sociedad. Significa, en una palabra, que cada hombre debe ser estimado por su propio mérito y

no por los méritos de algún antecesor cuyas buenas cualidades pueden haber pasado a una rama colateral.

Únicamente la democracia permite la clasificación natural de los hombres en relación con los valores sociales, en contraposición con todas las clasificaciones artificiales y convencionales. Contribuye mejor que cualquier otro sistema de gobierno a la satisfacción, felicidad, estabilidad y paz de una nación. Es portadora del mensaje de justicia, esperanza e inspiración para el pueblo en todas las sinuosidades del sendero de la vida.

Fragmentos de un artículo de EDWIN GRANT CONKLIN,
profesor de biología en Princeton University.

El Doctor Maggiorani

Es sin duda uno de los extranjeros más dignos de consideración. Como médico ocupó en su día una buena posición en Italia. Ya bastante entrado en años, estuvo algún tiempo en Estados Unidos, de donde vino luego a Costa Rica.

El Dr. Maggiorani se ha hecho una idea singular de la vida, de la salud y de la enfermedad, idea aceptada con variantes secundarias por otros especialistas—precurso-

res y cocursores—, pero condenada por su singularidad misma a chocar con la corriente general de opiniones. Piensa que “el funcionamiento de los órganos en los seres vivos tiene su origen en la electricidad y depende de ella” y que “la salud consiste en el regular mantenimiento y distribución de la electricidad en todo el cuerpo”. De esta idea de la salud nace en él naturalmente la idea de *la enfermedad*, y de ella deduce el tratamiento terapéutico general con que debe combatirse dicha enfermedad en sus diversos e incontables aspectos. Tal tratamiento puede enunciarse en dos palabras: *baño hidroeléctrico* y *suministración de calcio*, en forma de cloruro puro. El calcio, según el Dr. Maggiorani es el elemento que da *estabilidad*, por decirlo así, al juego eléctrico de los órganos, por un fenómeno comparable al de la acerificación del hierro mediante una pequeña cantidad de carbono, silicio o tungsteno, por ejemplo.

No se reduce el arsenal terapéutico del Dr. Maggiorani al baño hidro-eléctrico y al cloruro de calcio. Recurre también al iodo, al arsénico, a la quinina, al mercurio, etc.; pero lo hace, más o menos como un homeópata inteligente, utilizando ante to-

do la acción *dinámica* de estos medicamentos,— no su acción simplemente química.

Así armado, combate el Dr. Maggiorani, con procedimientos muy sencillos, el decaimiento del metabolismo (“cuyas consecuencias son la arterioesclerosis y la vejez”), las cardiopatías, la tuberculosis, el reumatismo, la gota, el paludismo, la lepra, los vómitos del embarazo, la tendencia al aborto, el estreñimiento, la gonorrea, etc. Raras veces ataca directamente al agente externo del malestar (sarcopto, anquilóstomo, tricocéfalo, etc.): casi siempre se dirige al PACIENTE MISMO, sin cuidarse de la *especificidad* del agente patógeno. Para el Dr. Maggiorani no tiene mayor importancia la noción de *intoxicación*—que es la noción capital para la inmensa mayoría de los fisiólogos.

Todavía más: basándose siempre en sus principios generales, asegura el Dr. Maggiorani haber encontrado la manera de conservar por muchos años la vitalidad perfecta de los huevos de ave y aun cree poder actuar sobre el huevo humano en su sitio, determinando hasta cierto punto el sexo y disminuyendo “las enfermedades hereditarias”.

Si se le pregunta al Dr. Maggiorani la

razón por la cual no se han abierto campo sus ideas, no obstante la demostrabilidad experimental que él atribuye a sus conclusiones, responde imitando a Bastiat: Cuando una nueva doctrina de salud se presenta, así tenga de su parte la verdad y la claridad, siempre encuentra ocupado el lugar.

Y recordando las palabras de un famoso poeta compatriota suyo: "*Si la vida es un mal, Señor, ¿por qué nos la diste? O si la vida es un bien, ¿por qué nos la quitas?*", exclama al punto: No es la vida un mal, y quien nos la quita es nuestra ignorancia.

*
* *

Ahora, mis reparos.

Dando a la palabra electricidad un sentido muy extenso, tendría tal vez razón el Dr. Maggiorani en cuanto se refiere a la base misma de su doctrina: todos los fenómenos vitales pueden, en efecto, ser considerados como eléctricos por quien admita como cierta o muy probable la hipótesis química de los electrones. Pero el Dr. Maggiorani es el reverso de un químico. Cuando habla de electricidad, toma por causa lo que para el químico es un efecto: no se refiere él a la posible causa inmediata de todas las acciones químicas, sino,

simplemente, a una de las formas de energía cuya manifestación es concomitante forzosa de toda actividad orgánica; forma de energía observable y mensurable mediante especiales aparatos, como lo es el calor mediante el calorímetro, verbigracia.

Con decir esto no se niega el valor de la electroterapia; pero se limita su alcance, haciendo de ella una rama no más de la *fisioterapia*, aplicable con eficacia tan sólo en ciertas circunstancias.

*
* *

Sin dar al calcio el papel que le atribuye el Dr. Maggiorani, el régimen cálcico ha sido y es recomendado por todos los médicos en muchísimos casos y en muy diversas formas. El cloruro de calcio se usa particularmente cuando se desea aumentar la coagulabilidad de la sangre (en el tratamiento de hemorragias, etc).

A mi juicio, que no es de médico, el polvo aromático de creta constituye la forma más agradable, eficaz y barata con que puede ser reforzada la cantidad de calcio contenida normalmente en los alimentos, siempre que se crea oportuno este refuerzo (últimos meses del embarazo, etc). Dicho polvo está compuesto de: azúcar, carbonato de calcio natural (que en el tubo diges-

tivo se transforma parcialmente en cloruro y en lactato), canela, nuez moscada y cardamomo.

ELÍAS JIMÉNEZ RÓJAS

Miscelánea

Imitando una expresión famosa, digo en voz alta:

lanzo estos cuadernos con la esperanza de que desagraden a todos los partidos políticos.

“Ich schicke ihn mit der Hoffnung in die Welt, dass er allen politischen Secten missfallen werde” (F. C. *Dahlmann*, 1835).

* * *

Un trozo de Wilson historiador:

“El Congreso de Filadelfia *explícitamente ordenó* a sus comisarios que se guiaran por los deseos de la corte de Francia. El Dr. Franklin, Mr. John Adams y Mr. John Jay, que desempeñaron su comisión, *eran hombres de honor*, y poseían, además, un vivo sentido de las obligaciones muy profundas de los Estados Unidos hacia Francia, por el dinero y la asistencia armada prestados en tierra y mar, sin los cua-

les, aparentemente, la victoria americana habría sido imposible. Resultó, sin embargo, impracticable el obrar de acuerdo con Francia; pues ésta se conducía, no como el ingenuo amigo de los Estados Unidos, sino solamente como el enemigo de Inglaterra, y, ante todo y siempre, como el sutil estratégico de su propio interés y de su propia ventaja. Los comisarios americanos *no quisieron dejarse engañar*, y se entendieron separadamente con los ingleses”.

WOODROW WILSON

The History of the U. S.

Yo he subrayado.

¿Qué dicen Uds. del honor de Franklin y sus compañeros de 1783, según Wilson historiador? ¿y qué de los estadistas franceses en Versalles, en 1919, tomando a lo serio las protestas de ingenuo amor de Wilson presidente?

*
* *

Cuando se habla de mayorías, conviene distinguir entre *mayoría en el espacio* y *mayoría en el tiempo*. Ahora bien, yo que desconfío muchísimo de las decisiones de las mayorías en el espacio o asambleas, respeto en cambio grandemente la obra de las mayorías en el tiempo. Para asegurar la ventura de la Patria, hemos de consultar

también a los viejos y a los muertos, como lo dice la palabra admirable de Guillermo Valencia:

“La venerable Antigüedad relata cómo un día los habitantes de Megara preguntaron al oráculo délfico qué harían para asegurar la ventura de la ciudad; prometiósela el dios si procuraban deliberar siempre con el mayor número, y ellos comprendieron que por estas palabras el dios había querido designar a los muertos, más numerosos que los vivos, y, en consecuencia, construyeron su sala de consejo en el sitio mismo que ostentaba los sepulcros de sus héroes”

*
* *

Aquí y allá, aislado, se puede encontrar todavía un radical del viejo tipo, que vive entre gentes que no lo comprenden. Consideran herejía todo pensamiento independiente, debilidad toda generosidad para con los adversarios, y se admiran y alarman cuando la alabanza o la censura son distribuídas con discernimiento, cuando los principios de un hombre no cambian con las estaciones y el tiempo, cuando se da más importancia a los asuntos que a las personas, cuando le importa a uno más la verdad que la victoria.—*Cowen* (1886.)

Biblioteca Nacional


Reproducción

Administración y primer lugar de
venta: Botica de La Dolorosa.

Precio: 10 céntimos el ejemplar de 24
páginas.

Descuento a los compradores de 10 o
más ejemplares de una misma
fecha: 25 %.

Venta al contado únicamente.

 *Las personas que no puedan comprar di-
rectamente esta revista y que deseen recibirla,
deberán valerse de un comisionista de su confianza.*